

1920

Volumen XV.—Abril 1.º de 1920.—Número 143.

**REVISTA**  
del  
**COLEGIO MAYOR**  
de  
**Nuestra Señora del Rosario**

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Nova et vetera*

**BOGOTA**  
IMPRENTA DE SAN BERNARDO  
**MCMXX**

## CONTENIDO

- Sobre el socialismo.  
La paz universal..... LUIS MARIA MORA.  
Julio Garavito Armero.. DANIEL ORTEGA RICAURTE.  
Dulce coloquio..... NICOLÁS PAYONA POSADA.  
El número 12 345 679.. FRANCISCO M. RENJIFO.  
Sobre un artículo de la  
Constitución..... JOSE GNECCO MOZO.  
Recepción de colegiales.  
La fábula en la estética  
de Pombo..... RAFAEL CAYCEDO RICAURTE  
Notas bibliográficas.

## REVISTA

del

### Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Abril 1.º de 1920

#### SOBRE EL SOCIALISMO

CONFERENCIAS PREDICADAS POR MONSEÑOR  
RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA,  
LOS DOMINGOS DE CUARESMA, EN LA CATEDRAL DE BOGOTÁ

I

Deber es del sacerdote, ministro y embajador de Cristo, cuando ejercita el augusto ministerio de la predicación, premunir a los fieles contra los errores más en boga. Hoy el sistema que amenaza con inminente ruina a los individuos y a la familia, a la sociedad y a las naciones, es el socialismo, dueño en el momento actual del oriente de Europa, listo a caer sobre las naciones occidentales, recién aparecido entre nosotros; y así consentiréis en que sea el asunto de estas pláticas cuaresmales, en las que pretendo exponer, antes que declamar; dirigirme a la razón, más bien que al sentimiento; hacer oficio, mejor de catequista que de predicador sagrado.

Fue creado este mundo visible para honra extrínseca del Hacedor Supremo. «Los cielos narran la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos. Un día trasmite con abundancia la palabra a otro día, y una noche enseña la ciencia a otra noche,» canta

David en sus salmos. Mas plugo al Señor recibir el homenaje del universo entero por medio de un sér inteligente y libre, e hizo al hombre a imagen y semejanza suya; le ordenó crecer y multiplicarse, y «le puso bajo los pies las bestias del campo, las aves del cielo y los peces que recorren los senderos del mar,» como dice el real profeta, al hablar de Jesucristo en cuanto hombre. Soberanía relativa se otorgó al padre Adán, porque si estaba en todo sometido a Dios, en nada dependía del imperio de las criaturas.

Pero no fue creado el hombre para que cada individuo viviese solo y señero, sino para morar en estrecha sociedad con sus semejantes. Lo sociable es atributo propio de la naturaleza racional, como lo comprueban a úna la historia, la razón y la cotidiana experiencia. Moisés, divinamente inspirado, y cuya veracidad han venido a demostrar los novísimos descubrimientos científicos, nos enseña a los primeros hijos de Eva viviendo en sociedad y a Caín fundando una ciudad que llamó Henoch, del nombre de su primogénito. No hay tradición ni monumento que abonen la pretendida solitaria salvajez del hombre primitivo.

La inteligencia es facultad de suyo comunicativa, el lenguaje sería inútil a persona aislada de sus semejantes. Y el hombre, ha dicho un célebre filólogo, es naturalmente parlante, así como es naturalmente racional.

Vengamos al criterio de la observación. El labriego de nuestros campos se desayuna con un pedazo de pan, para cuya fabricación requiérese el trabajo de los gañanes que revolviéron el suelo con el arado, el de los que lo escardaron con el rastro, de quienes confiaron a la tierra la semilla. Vienen más tarde los segadores que cortan los tallos, los ahechadores que avientan el grano; el acarreo al molino, donde se pulveriza el trigo y se aparta la harina del afrecho y, finalmente, ocurren

los manipuleos de la tahona y el cocer de los panes en el horno. El vestido del obrero más humilde supone el cultivo del algodón, la crianza y esquila de los rebaños, poderosas máquinas de hilados y tejidos, el transporte de las materias primas y de las manufacturas, de uno a otro continente.

Mas todavía se necesita la sociabilidad para el perfeccionamiento espiritual. Soy discípulo de la escuela tomista, y bien sé que pueden adquirirse las ideas mediante el conocimiento sensible; pero si cada uno, renunciando a la ciencia acumulada en sesenta siglos y que los maestros nos enseñan, tuviera que empezar y seguir solo, no alcanzaría sino una parte pequeñísima del saber. Aquello sería un incesante comienzo, sin continuación ni remate. En el punto de vista moral, son indispensables las sanciones sociales al hombre, quien, después de la caída original, estima en más los fugitivos premios y castigos presentes que las interminables recompensas y penas de la vida futura.

Pertenece todo hombre, por ley de naturaleza, a tres sociedades: la doméstica, la religiosa y la civil. «La familia, dice León XIII, es sociedad reducida, sin duda, pero real, anterior a la civil y con derechos y deberes por necesidad independientes de los del Estado.» La Iglesia responde a la necesidad de alcanzar nuestros sobrenaturales destinos del ultratumba; el Estado surgió más tarde, cuando la multiplicación de las familias, y la merma de la vida de los patriarcas impusieron la creación de quien dirimiera las contiendas de stirpe a stirpe y procurase el bien de la comunidad. Estas tres agrupaciones, venidas todas de Dios, aunque por diversas vías, no se establecieron para que alguna de ellas usurpase las funciones de las otras dos, ni menoscabara aquella soberanía de que hablé antes y que es propia del hombre como rey del universo.

El paganismo, que acabó de perturbar la mente y de torcer la voluntad del hombre, violó a menudo el orden supradicho: unas veces, como en las primitivas leyes romanas, dejaba la libertad y la vida de los hijos al querer del padre de familia; otras, convertía a la mujer en sierva; suprimía la libertad con la degradante institución de la esclavitud; confundía en una las sociedades religiosa y civil; atribuía a los gobernantes dominio sin contrapeso sobre personas, honras y haciendas.

Cuando reinó la filosofía del Evangelio, se restableció la amistosa distinción de las tres sociedades, y se dieron abrazo de paz la comunidad y el individuo, el imperio y la libertad. Abusos y muy grandes se cometían; pero eran reconocidos como tales: no se llamaba bien al mal ni mal al bien; no calificaban al vicio de virtud, ni a la virtud de crimen.

Con la reforma protestante, la Iglesia quedó absorbida por el Estado y se proclamó el libre examen de la Biblia como criterio de la fe. La implacable lógica que suele acompañar al desarrollo del error, a pesar suyo, llevó a los hombres a proclamar la absoluta autonomía de la razón en todo orden dogmático y moral, y apareció la planta venenosa del racionalismo sembrada en Inglaterra, germinada en Francia, llegada más tarde a completa madurez en Alemania.

Entre los patriarcas de la nueva secta pareceme que el de mayor influjo en la transformación del mundo fue Juan Jacobo Rousseau. Me pesa de pronunciar su nombre desde este sitio y en este recinto sagrado; pero considero que en los sermones de los Santos Padres se mencionan a menudo Arrio y Nestorio, Eutiques y Pelagio. El hosco y misántropo filósofo ginebrino parte del falsísimo supuesto de que la salvajez es el estado natural de nuestra especie, y afirma que nuestros progenitores vivieron largos siglos en los bosques, desnudos,

sin lenguaje, aislados entre sí, felices y perfectos, porque eran libres e iguales, y la libertad y la igualdad son los mayores bienes. Mas el día en que se congregaron en sociedad por medio de un convenio, cayeron sobre ellos todos los males, entre los cuales enumera Rousseau la familia, la propiedad, las letras, las ciencias y las artes. Preciso es rehacer el pacto social, renunciando cada persona a su autonomía en pro de la comunidad; pero como el individuo recibe una cuota parte de la soberanía de los demás, en cambio de la que él cede, se restablece el equilibrio con ventaja.

Entre los discípulos de Rousseau, unos se fijaron de preferencia en la necesidad de restablecer la soberanía humana, y otros, en la de ceder los derechos individuales a la comunidad; y nacieron dos escuelas contrarias y rivales: el liberalismo y el socialismo. La primera es individualista rígida; quiere que el individuo sea todo; que la libertad y la personal acción resuelvan todos los problemas. No haya instrucción pública ni beneficencia oficial; no construya el Estado ferrocarriles ni carreteras, ni parques y jardines; no acuñe moneda, no tenga ejército permanente. La autoridad civil no tiene más papel que el de dejar hacer y la defensa de los ataques contra la libertad de los ciudadanos. El socialismo es todo lo contrario: suprime al individuo y le confía a la comunidad toda obra de bien y de progreso. No haya autoridad; trabajen todos por igual; la comunidad dé a cada persona pan, techo y vestido; suprimase el matrimonio y reemplácese con el amor libre; no más propiedad, porque la propiedad es el robo.

Las dos sectas entraron en pugna desde los primeros días de su existencia, sin perjuicio de aliarse entre sí en determinados momentos contra la Iglesia católica, que condena una y otra doctrina y a quien ambas consideran como enemigo común. La victoria perteneció al li-

beralismo, quien imperó universalmente durante el pasado siglo. Anunciaban que había llegado la edad de oro para el linaje de Adán, que iba a revivir la Arcadia de los poetas bucólicos.

Mas aconteció que de los mil quinientos millones de soberanos que pueblan el mundo, unos eran más inteligentes, más activos, más económicos, más afortunados que los otros. Y ellos absorbieron la riqueza y redujeron a todos los demás en las inmensas fábricas, a una condición inferior a la de los siervos de la gleba, a la de los mismos esclavos romanos, que a lo menos tenían asegurada la diaria subsistencia. Y el socialismo, engrosado con las masas de los desheredados, ha ido creciendo, y después de la guerra universal ha hecho caer bajo su dominio lo que fue el imperio de los czares. Lo que ha pasado, lo que está aconteciendo allí excede en horror a cuanto había visto la humanidad en su prolongada existencia: el asesinato, el saqueo, el incendio, los atentados contra el pudor, casi no pueden narrarse. La tiranía de los jefes excede a las mayores crueldades de los antiguos amos; y el pueblo, cuyo nombre se invoca en favor de tamañas atrocidades, está agonizando de hambre, y las calles de las ciudades y las veredas de los campos están sembradas de cadáveres insepultos que infestan el aire y desarrollan epidemias espantables. Y crece el socialismo en Francia y en Italia, en Inglaterra y Alemania, y ya su nombre se pronuncia entre nosotros, y hay quien preconice sus doctrinas y prácticas.

Cuando el diluvio universal comenzó a inundar el globo, acaso los que moraban en las montañas mirarían con indiferencia lo que estaba aconteciendo en las llanuras. Pero las ondas subieron y se elevaron quince codos sobre las cumbres más altas del Himalaya. Nosotros contemplamos indiferentes lo que está sucediendo en el antiguo mundo: quién sabe si un mar sin orillas

nos sumergirá para siempre! Es deber nuestro luchar contra el nuevo elemento: si la acción fuere imposible para alguno de nosotros, detenga la justicia divina con la práctica de las virtudes; que Sodoma se habría salvado si se hubieran encontrado en ella diez justos. Y si la justicia de Dios hubiere resuelto el fin de la civilización actual salvémonos, como Noé y su familia, en el arca de nuestra buena conciencia.

## II

Tomado en conjunto, el socialismo es moderno, pero los elementos que lo constituyen son antiquísimos, muy anteriores a la era cristiana. Porque las causas, a lo menos ocasionales, del sistema, que son los conflictos entre el individuo y la comunidad, entre la familia, la Iglesia y el Estado, entre grandes y pequeños, ricos y pobres, patronos y obreros, han existido siempre desde la caída original. Es sabido que Esparta estaba regida por estatutos esencialmente comunistas y que de ellos derivó Platón la parte práctica de su *República* famosa, en la que, sin suprimir las diferencias de castas ni abolir la esclavitud, se propone, para la clase dirigente y elevada, la comunidad de bienes y de mujeres, de educación y de comidas.

El cristianismo trajo del cielo la verdadera fórmula para la solución del problema; definió los derechos y deberes de las tres sociedades naturales: la doméstica, encargada del mutuo auxilio entre sus miembros, de la procreación y educación de los hijos; la religiosa, que tiene por fin la perfección moral del hombre en la tierra, para conducirlo a la felicidad sobrenatural eterna; la civil, enderezada al bien común y temporal de los ciudadanos. Sin abolir la diversidad de condiciones y fortunas, inherente a la humana naturaleza, ensalzó la doctrina de Cristo a los humildes y a los pobres y describió los

males de la soberbia, los peligros de la opulencia. Alivió la suerte de los menesterosos con infalibles esperanzas de felicidad interminable, impregnó la cruz de inefables dulcedumbres, e hizo del paciente sufrir una victoria. Al propio tiempo exigió la limosna como condición indispensable para salvar el alma. No sólo ensalzó las privaciones con palabras, sino que dispuso santificarlas con ejemplos. Belén y Nazaret, el Pretorio y el Calvario, divinizaron el dolor y la pobreza.

Oíd una vez más los preceptos y máximas de Jesucristo, nuestro Amo y Señor, que se hallan vigentes en todo, para mí y para vosotros, hermanos que me estáis escuchando: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos.» «El que quiera venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, tome su cruz y sígame.» «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré.»

Considerad ahora la faz opuesta de la doctrina celestial: «No queráis atesorar tesoros en la tierra, donde los destruyen el orín y la polilla, y los ladrones los desentierran y roban.» «Más fácil es que éntre un camello por el ojo de una aguja, que un rico al reino de los cielos.» «Todo el que se ensalza será humillado.» «Si quieres ser perfecto, vénde cuanto tienes, dálo a los pobres, y vén y sígueme.»

Muchos, entre los primeros cristianos, para cumplir puntualmente los preceptos y observar a la letra los consejos evangélicos, enajenaban sus haberes y ponían el precio a los pies de los apóstoles, para que ellos los distribuyesen entre todos los fieles conforme a las necesidades de cada uno. Tan heroico ejemplo ha tenido imitadores en todas las edades posteriores: testifiquelo

San Francisco, quien, después de repartir su patrimonio a los pobres, se despojó, en presencia del obispo de Asís, de las suntuosas ropas exteriores y, alzando los ojos al cielo, exclamó con hondísimo gozo: «Ahora sí puedo decir a boca llena: Padre nuestro que estás en los cielos.» Testifiquelo San Carlos Borromeo, cuando al recibir la investidura de cardenal y de arzobispo, renunció su cuantioso patrimonio y pingües rentas benéficas a favor de los menesterosos. Y aquí, en Bogotá, aún está fresca la memoria de un venerable sacerdote, dignidad de este capítulo catedral (1), quien muchos años antes de morir, cedió la totalidad de sus bienes a la Sociedad de San Vicente de Paúl, exigiendo en cambio la limosna mensual que se daba a las familias indigentes, y que le bastaba al ilustre arcediano para sus modestas necesidades.

En las edades cristianas la Iglesia no se contentó con abrir de par en par, con la llave de la caridad, las arcas y los bolsillos de los ricos; con brindar a los pobres, a la puerta de abadías y conventos, consolaciones y consejos, alimento y vestido; con infundir a los menesterosos parsimonia en los apetitos, paciencia para sufrir, esperanzas de cielo, sino que proveyó a la suerte de los trabajadores, fundando y sosteniendo la santa y sabia institución de los gremios. Cuantos ejercían una profesión, arte u oficio, formaban una corporación, a que pertenecían, desde el arquitecto, autor de las catedrales de Burgos o Colonia, hasta el rapaz que mojaba la cal con que las piedras se asentaban; desde el maestro consumado hasta el rudo aprendiz de doce años. El gremio brindaba a sus miembros instrucción completa, conforme a la capacidad de cada uno; protección eficaz contra los desmanes de los poderosos; medios de practicar el

(1) El doctor Patricio Plata.

ahorro; auxilios suficientes en caso de enfermedad o muerte. Tanto pesaron los gremios en la marcha de la sociedad, que impidieron, por muchos siglos, que se presentase la lucha entre el capital y el trabajo.

La revolución de 1789, obedeciendo a tendencias rígidamente individualistas, suprimió en Francia los gremios obreros, y el ejemplo fue seguido en otros países. Se proclamó a los trabajadores como soberanos, cuando en realidad se los iba a convertir en esclavos, en ruedas de una máquina inmensa. Cosa semejante a la que se verificó entre nosotros con los indígenas, cuando se les permitió vender sus resguardos. Los infelices se creyeron libres, pero a poco quedaron mudados de propietarios en míseros jornaleros.

Empobrecióse y perdió mucho de su poder la aristocracia, y como sus miembros tenían la falsa idea de que eran indignos de su grandeza el comercio y la industria, la riqueza pasó a lo que antes se llamaba el estado llano, y ahora se conoce con el nombre de burguesía. Olvidados por muchos hombres los principios cristianos, aconteció que los ricos despreciaron los preceptos de la caridad y la limosna; y los pobres, sin esperanzas ultraterrenas, se entregaron a la codicia y a la desesperación. Los capitalistas, ayudados de las portentosas máquinas modernas, fundaron inmensos talleres, con los cuales no podían luchar las industrias manuales, y así los artesanos pasaron de la condición de obreros a jornaleros, y quedaron en peor condición, repitiendo una frase de mi conferencia anterior, que los esclavos romanos, quienes tenían asegurada a lo menos la diaria subsistencia. Porque el ansia de unas fábricas por competir con otras fue aumentando las horas de trabajo y reduciendo los salarios. El campo no podía ser más propicio para el desarrollo del comunismo socialista.

Las dos palabras comunismo y socialismo no son sinónimas: la primera indica el género; la segunda la especie. Todo sistema socialista es comunista, pero no al contrario. Toda águila es ave, mas no toda ave es águila. «El socialismo es un sistema que pretende convertir en propiedad común de la sociedad civil todos los bienes productivos, y organizar, por medio del Estado tanto la producción como el reparto de sus frutos» (1).

No es de este lugar, ni lo consentirían las dimensiones de esta conferencia, enumerar todos los sistemas comunistas y socialistas que han imperado de cien años acá, y que son derivaciones más o menos remotas del *Contrato Social*, de Rousseau. Baste citar al de más autoridad científica entre los autores socialistas, al fundador de la Internacional, al célebre Carlos Marx. El edifica su sistema sobre tres fundamentos: filosófico el uno, histórico el otro; económico el tercero. Parte del panteísmo subjetivo de Fichte y de Hegel, según el cual no existe sino un solo sér, del cual todos los demás que contemplamos son evolución transitoria y constante, regida por la ley fatal del progreso indefinido. Toda mudanza se verifica en tres momentos: primeramente existe lo positivo, que apellidan tesis; después surge la negación de lo anterior, apellidada antítesis; y finalmente la identificación de los contrarios que constituye la síntesis. Con la diferencia de que el ente único de Hegel es algo inmaterial, es la idea; al paso que para Marx la materia es el origen de todo. Aplicando la supradicha doctrina a la propiedad, afirma que en un principio ella fue común a todos los hombres (tesis); que después, en virtud de un progreso, se hizo individual (antítesis); y que ahora es preciso reunir en una las ventajas de los dos métodos anteriores (síntesis). El panteísmo subjetivo es

(1) V. Cathrein. *El Socialismo*.

anticientífico y conduce al absurdo: lo primero porque parte de la afirmación gratuita de la existencia de lo que él llama idea, y que ni es verdad axiomática ni sus autores se toman el trabajo de demostrarla. Y lleva al absurdo de sostener la identidad de los contrarios. Con un hombre que afirma que una cosa puede ser y no ser lo mismo a un mismo tiempo, toda discusión es imposible.

El segundo fundamento del sistema marxista es el materialismo histórico, que hace depender la cultura, la intelectualidad, el progreso moral de los pueblos, de las condiciones de producción. Según eso, Cartago habría sido superior a Roma, y ésta habría sido más moral y más libre bajo los reinados de Nerón y Tiberio que en los tiempos de Cincinato y de Catón.

La base económica de Marx consiste en considerar el trabajo como única fuente de la valía de los productos; de suerte que valen lo mismo un tonel de clavos en cuya fabricación ha gastado un obrero tres meses, y una pintura de Rafael o del Ticiano realizada en el mismo número de días; unos zapatos de cartón y unos de cuero, que hayan costado la misma labor a los obreros respectivos. Como la intensidad del trabajo es imposible de medir, él se atiene únicamente a su duración. Si un hombre se encuentra en el campo una esmeralda de gran pureza y tamaño y la lleva a vender a la vecina ciudad, no puede cobrar por ella sino lo que valga el trabajo de conducirla a unas pocas cuadras de distancia. Completa la teoría con la invención del sobreprecio. Todo lo que aumenta de valor la materia prima con el trabajo del obrero, le pertenece íntegramente a este último; y el autor del sistema no computa la valía de los instrumentos; lo que significa la instalación y mantenimiento de las maquinarias; la inteligencia que se requiere para la dirección de la empresa.

El socialismo tiene—como ya lo insinué—muchas formas y muchos matices, pero todas las escuelas coinciden en ciertos principios fundamentales opuestos diametralmente a las enseñanzas del cristianismo. Prescinden de Dios, o negando su existencia, o no teniéndolo en cuenta para nada. «En materia de religión, somos ateos y, como decía Heine, dejamos el cielo a los ángeles y a los pájaros.» «El mundo no ha sido criado por espíritu alguno; antes él es el verdadero criador del hombre.» «Fuera de la materia, que es eterna e indestructible, no existe absolutamente nada.» Estas citas están tomadas de célebres autores socialistas, y no de los más violentos ni extremados (1). Ellos sostienen que la ley moral se identifica con los instintos animales, y que va mudando al paso que la producción se perfecciona. Rechazan la institución del matrimonio y justifican la infidelidad conyugal. Juzgad, vosotros mismos, si puede existir un socialismo cristiano.

Dondequiera que estas doctrinas han predominado y se han reducido a la práctica, han venido sobre las naciones la revuelta, la tiranía más espantable y la miseria con todos sus horrores. Y las principales víctimas no han sido los poderosos y los ricos, sino los pobres, los obreros, esos mismos trabajadores cuyo nombre se ha invocado para exterminarlos. Los que combaten el socialismo, son, pues, los verdaderos amigos de los obreros.

### III

«Siempre tendréis pobres entre vosotros.» Esta sentencia de Jesucristo, Sabiduría increada, Verdad por esencia, ocurre a la mente del cristiano siempre que oye decir que el socialismo pretende suprimir la indigencia. Tendremos siempre pobres con nosotros en cumplimiento

(1) Bebel, Dietzgen, Stern.

to de una ley universal: la de que no haya dos seres, ni aun las hojas de un mismo árbol, en todo y por todo semejantes entre sí. Hállanse las criaturas en una inmensa escala de perfección, desde el serafín más encumbrado hasta el menor de los cuerpos inorgánicos; y en esta variedad dentro de la unidad consisten el orden, la armonía, la belleza de las obras divinas. La Sagrada Escritura contrapone el cedro del Líbano al hisopo que crece arrimado a las paredes. Sin que olvidemos que muchos seres en apariencia ínfimos, son más útiles y dignos de atención que otros considerados superiores. Vale más el perro, amigo y guardián del hogar, que el león, monarca de los desiertos africanos: las diminutas y laboriosas abejas son antes que el cóndor, que se alza sobre las cumbres de los Andes.

Se suelen oír o leer, sobre los pobres y los ricos, ciertos conceptos reñidos con la caridad y la justicia. No falta quien afirme que el mérito y valer de una persona se mide por la cuantía de sus caudales; que la pobreza no tiene otras causas que la ineptitud, la desidia y los vicios. En cambio, cuántos no creen que todo rico es avaro, y estafador y cruel! No he de negar que haya indigentes que lo sean por inertes, o por desbaratados y viciosos; ni que se formen algunos capitales con manejos torcidos, engaños, violencias e injusticias. Mas las cosas deben juzgarse por su naturaleza íntima y por el fin a que de suyo se enderezan; no por los abusos que con ellas puedan cometerse. De otro modo no existiría en el mundo nada digno de estimación y alabanza.

El hombre honrado que allega con su esfuerzo una fortuna considerable; que sabe vivir sobrio y austero, en medio de la abundancia y auxiliar con larga mano las miserias ajenas, revela inteligencia y laboriosidad, carácter entero, corazón sano, y merece consideraciones

y aprecio. Muchas personas quedan reducidas a la inopia por causas ajenas a su voluntad, como las enfermedades y las guerras; las prolongadas sequías, las inundaciones y terremotos. Y hay hombres superiores que, enamorados de los goces del espíritu; de la ciencia o el arte, miran con noble desdén las riquezas materiales y corruptibles; y hay quienes las renuncien por atesorar caudales en el cielo; por amor a la perfección evangélica. Entre estos pobres, unos merecen compasión; otros, santa envidia; todos, inviolable respeto.

Se asemeja el buen rico a Dios, dueño del universo, Providencia de sus criaturas; y el pobre es imagen viva de Cristo, nacido en un establo y muerto desnudo en una cruz. Pueden salvar el alma si cumplen los preceptos divinos: los pobres, como herederos del reino de los cielos; los ricos, porque la limosna realiza el milagro de que pase un camello por el ojo de una aguja.

Siempre tendremos pobres con nosotros! La verdad de esta máxima divina, lejos de llevarnos a mirar con indiferencia criminal la suerte de los necesitados, ha de sernos aguijón para socorrerlos y aliviarlos. Dos soluciones, entre otras, se ofrecen para desatar el problema: la comunista y la cristiana.

El comunismo socialista, además de lo erróneo de sus fundamentos y doctrinas, resulta inaplicable en la práctica. La primera dificultad insuperable se encuentra en que, debiendo los directores del Estado regirlo e impulsarlo todo, necesitan ser sabios en todas las ciencias, consumados en todas las artes; maestros en toda profesión u oficio. Y les resultaría también imposible conocer a diario las necesidades de cada persona. ¿Se interroga a cada uno y a todos se les cree por su palabra? Imaginad lo que sobrevendría. Serían precisos innúmeros empleados que visitaran cada casa, examinaran los individuos uno a uno, y esto todos los días del año. Em-

pleados perspicaces para no dejarse engañar; virtuosísimos para no dejarse corromper; de actividad y constancia inapeables.

Nace la segunda imposibilidad de los asociados mismos. Para que un hombre trabaje ocho horas diarias, poniendo en la labor toda la inteligencia, sus energías todas, sin otra retribución que la comida y el vestido, sin esperanzas en otra vida futura, se necesitaría que fuese tan pasivo como las piedras o los leños, o tan espiritual como los ángeles. Y la mayoría de los hijos de Adán no son así. Resultaría además que el trabajo de un Pasteur, de un Marconi, tendría el mismo salario que ganaran los barrenderos de la calle.

Como los bienes que se ponen en común son los productivos, no los meramente útiles, resultan nuevos problemas. Porque un cuchillo, una aguja, revendidos, pueden ser fuente de ganancia. ¿Se la dejan al dueño? El sistema se viola, y a la larga se desquicia. Y si aquellos objetos se guardan en los almacenes oficiales, habrá que ir a buscarlos cada vez que se necesite partir el pan o pegarle un botón al vestido.

Nuevos obstáculos nacen de la distribución del trabajo y del reparto de las utilidades. Unos autores socialistas quieren que todas las personas se turnen en los oficios; el que hoy es pintor mañana será picapedrero; el carpintero de esta semana será electricista en la otra; pianista en la siguiente. Lo que vale suponer a los hombres con iguales disposiciones, e instruidos a maravilla en todos los ramos del saber. Otros escritores quieren que cada sujeto se emplee en su ramo especial, y que sólo se alternen en los oficios más duros y penosos. ¡Cuál habrían andado en Nueva Granada la huerta, el guardarropa y la mesa, el mes en que el horticultor hubiera sido Santander, Márquez el sastre y Caro el cocinero!

Impracticable es también la distribución de las ganancias. Se concede a todos un mismo salario sin atender al trabajo de cada uno? ¡Qué incentivo para la ociosidad y la pereza! ¿Se retribuye el tiempo empleado en las labores? Entonces el hábil cerrajero que construye en quince días una ingeniosa cerradura para una caja de caudales, ganará tanto como el peón que durante las dos semanas, le mueve el fuelle de la fragua, lo cual es injusticia patente. Y si se pagan la importancia y la utilidad de los trabajos, en breve tornará a haber ricos y pobres, y la tarea socialista quedará estéril y perdida.

Por tales razones, dondequiera que se ha ensayado el socialismo ha producido resultados negativos y contraproducentem. Vienen los diarios y revistas ultramarinos colmados de noticias y datos sobre lo que está pasando en Rusia, dominada por los bolsheviki, bajo la dirección del célebre Trostky; y los autores de estos escritos no son católicos timoratos, sino enemigos de la Iglesia o indiferentes para con ella (1). Ni voy a mencionar la suerte de la familia imperial, ni las violencias contra los aristócratas y los ricos, sino lo que se hace con el pueblo, con los proletarios sin ventura. El gobierno de Trostky ha impuesto a los trabajadores once horas diarias de tarea; ha nombrado directores de las fábricas a los mismos burgueses que las dirigían antes de la guerra, y castiga con pena de muerte las rebeliones de los obreros contra los capataces. La escasez y consiguiente carestía de los artículos de primera necesidad ha llegado a un extremo nunca visto. El sala-

(1) Véanse, por ejemplo, los artículos de E. Gómez Carrillo, en *A. B. C.* de Madrid; las correspondencias de Sofia Casanova; lo que refiere *Le Temps*, *Le Matin*, etc., de París.

rio de un obrero a penas le alcanza para comprar un mendrugo de una pasta bautizada con el nombre de pan, pero en cuya fabricación no han entrado para nada los cereales, y un bocado de carne, no de caballo siquiera, sino de las alimañas más repugnantes e inmundas. Se- mejante alimentación más sirve para engañar el hambre que para calmarla; más para prolongar la agonía que para conservar la vida. Y centenares de personas caen muertas de inanición en las aceras de las calles y a la vera de los caminos; y, como para sepultar a una persona en una mísera fosa en el suelo, hay que pagarle al Estado crecidos derechos, muchos cadáveres quedan insepultos, y con su corrupción infectan el aire y des- arrojan terribles epidemias.

La otra solución del problema social es la cristiana; la que imperó durante largos siglos en los cuales no se presentó la lucha entre el capital y el trabajo; la que había hecho de Bélgica, gobernada por el partido cató- lico, la nación más próspera y tranquila de Europa es la solución que aconsejan los jefes de los gobiernos británicos en reciente manifiesto a los súbditos del im- perio; la que enseñó el gran León XIII en su porten- tosa encíclica *Rerum novarum*. Consiste en que los hom- bres vuelvan de entendimiento y de corazón a las creen- cias y prácticas cristianas. Entonces el rico mira en sus caudales una dádiva de Dios, que se le ha confiado para que sirva de cajero de los menesterosos; sabe que la limosna es la única llave que le abrirá las puertas del cielo; recuerda que si cierra los oídos y el bolsillo a los clamores de los necesitados, oírán en el juicio de Dios estas palabras: «Apártate de mí, maldito, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me diste de comer; tuve sed, y no me diste de beber; estuve desnudo y no me vestiste; enfermo y encarcelado, y no me visitaste,» y preguntará el rico: «¿Cuándo, Señor, te vi hambriento

y te negué la comida; sediento y te rehusé un vaso de agua; encarcelado y enfermo, y no fui a visitarte?» Y el Juez le responderá: «Cuantas veces dejaste de so- correr a los pobres, lo hiciste conmigo.» El rico cristia- no ve en sus obreros, no esclavos, no ruedas de una maquinaria, sino hermanos en Jesucristo; les da el sa- lario que han menester para sus necesidades, para la esposa y los hijos pequeñitos; cuida de sus dependien- tes en caso de enfermedad, invalidez o accidentes de trabajo; no abandona las viudas y los huérfanos, ni omite las oraciones y sufragios por los que mueren, después de darles honrosa sepultura.

Los pobres, en el régimen cristiano, nunca llegan, merced a la caridad de los pudientes, a los últimos ex- tremos de la miseria. En los padecimientos, escaseces y enfermedades se acuerdan del pobre Lázaro, cuya alma fue llevada por los ángeles al seno de Abraham; tienen presente la imagen de Jesucristo, Verbo de Dios, quien no tuvo una piedra donde reclinarse la cabeza y, después de una muerte ignominiosa, fue sepultado de limosna.

En Colombia, felizmente, ha imperado hasta ahora el régimen cristiano. Nuestros ricos, justo es decirlo, practican con magnificencia la caridad para con los po- bres; nuestros obreros, en lo general, son modelos de abnegación y de honradez. En varias ocasiones he te- nido la satisfacción de tributarles merecidos encomios. ¿Quién ha levantado entre nosotros, prescindiendo de los establecimientos oficiales, hospitales para los enfer- mos, asilos y dormitorios para los niños desvalidos, escuelas de artes y oficios para los hijos de los obreros, restaurantes económicos, casas higiénicas para los tra- bajadores, colonias agrícolas para las clases populares? Los prelados católicos, el clero secular, las comunida-

des religiosas, los laicos cristianos y piadosos (1). El socialismo, en cambio, ofrece a los trabajadores *meetings* en lugar de techo, discursos en lugar de alimentos, periódicos en vez de vestido,

Por lo demás, en medio de las vicisitudes de la vida presente vivamos, como nos lo manda San Pablo, usando de los bienes terrenos como si no los tuviésemos y pronto grandes y pequeños, pobres y ricos, obreros y patrones, nos encontraremos felices en el cielo.

---

## LA PAZ UNIVERSAL

(11 DE NOVIEMBRE DE 1918)

¿Por qué un silencio súbito y profundo  
 Ha reemplazado al sin igual estruendo  
 Del cataclismo que atronaba el mundo,  
 Y el estridor tremendo  
 Se acalló de millares de cañones?  
 Dios lo quiso! a su solo poderío  
 Mudos quedaron pueblos y naciones!

Ya la musa guerrera  
 El clarín embocó! Nunca más brío  
 Mostróse en su ademán, ni más severo  
 Rostro se pudo ver. En la cimera  
 De su casco de acero  
 Recio aquilón de tempestad se agita,  
 Y la férrea coraza,

---

(1) Recuérdense las obras de don Zoilo y don Lorenzo Cuéllar, el doctor José Ignacio Barberi, los fundadores del hospital de San José y de La Gota de Leche; del Ilustrísimo señor Arzobispo, de los presbíteros Camargo y Valenzuela, el Padre Campoamor, de la Compañía de Jesús; los Padres Salesianos, los Hermanos Cristianos, las Hermanas de la Caridad, las de María Auxiliadora, las del Buen Pastor, etc., etc.